

Quieto Wellington en sus estancias los primeros meses del año, al tiempo que se reponía de las pérdidas sufridas en su retirada, esperaba también ajustar su plan de campaña a los movimientos de las potencias del Norte de Europa, y principalmente de los Estados de Alemania, que alentados con el gran desastre de Napoleón ocasionado por las armas rusas y por la terrible crudeza del clima, se confederaban entre sí contra el gran coloso, viendo llegada la ocasión de vengar tantos quebrantos y tantas humillaciones como les había hecho sufrir. Difundíanse por España y corrían de boca en boca con gran contentamiento de todos las nuevas de la catástrofe de los franceses en Rusia. José, luego que se apercibió de su exactitud y de toda su extensión, comprendió que no tenía que esperar ya socorro alguno de Francia. Y en efecto, no solo no podía esperarlos, sino que Napoleón, que se hallaba de regreso en París desde 1812, le pidió a él tropas para reponerse de su descalabro y para la campaña que iba a emprender en Alemania, lo cual no solamente motivó el llamamiento de Soult con los 6,000 hombres que le acompañaron, sino también la orden de que le fuesen enviados 25 hombres escogidos de cada batallón y de cada regimiento de caballería, y 10 de cada compañía de artillería para incorporarlos a la guardia imperial. Dispuso además que de los ejércitos llamados del Mediodía y de Portugal, y especialmente de este último, pasasen algunas divisiones a reforzar el del Norte, a fin de poder mantener expeditas las comunicaciones con Francia.

Este empeño de Napoleón en atender con preferencia a las provincias del Norte, que le hacía exclamar con su fogosidad ordinaria que era escandaloso y denigrante que a las puertas de Francia se estuviera más en peligro que en el centro de Castilla ó en la Mancha, y dolerse de que no se pudiera ir de Bayona a Burgos sin ser desbajado ó pasado a cuchillo, tenía una causa más honda que la de reducir a Mina, Longa, Mendizabal y otros caudillos que infestaban la Navarra y Provincias Vascongadas. Esta causa era el proyecto, nunca por él abandonado, de agregar a Francia las provincias del Ebro, a cuyo pensamiento lo sacrificaba todo, dispuesto hasta a tratar y transigir con Inglaterra, cediéndole el Portugal, y restituyendo la España a Fernando, con tal que quedasen para Francia aquellas provincias. Pero todo esto debilitaba las fuerzas de los tres ejércitos con que había de operar el rey José en la campaña que se preveía contra los aliados (1).

Ordenó además Napoleón a su hermano que trasladara su cuartel general a Valladolid, debiendo pasar también los ejércitos del Mediodía y Centro a Castilla la Vieja. Así lo cumplió José, sin embargo de no gustarle hacer otra vez el papel de rey errante, saliendo de Madrid el 17 de marzo, no imaginando acaso entonces que no había de verle ya más, y dejando allí la división Leval, y una brigada más de infantería, con una división de caballería ligera. El 23 de marzo entró José en Valladolid, acompañado ó seguido de sus ministros, de los altos empleados de palacio, y de otros personajes con sus familias, que más le servían de embarazo que de provecho, y a quienes de buena gana habría enviado a Bayona, si no hubiera parecido ingratitude a su lealtad, y si no hubiera temido desalentar con esto al ejército. El ministro de la Guerra del imperio seguía enviando de París sus instrucciones, y en ellas recomendaba siempre que se atendiera con preferencia a engrosar el ejército del Norte, para que estuvieran las comunicaciones desembarazadas y expeditas; instrucciones, dice un juicioso escritor francés, tan fáciles a un ministro de dar como difíciles a los generales de cumplir: instrucciones que disgustaban a José y a Jourdan, pero que no tenían el valor de re-

(1) Así fué que en 1.º de mayo aquellos 86,000 hombres de los tres ejércitos del Mediodía, Centro y Portugal, estaban ya reducidos a poco más de 76,000, distribuidos, según datos oficiales, del modo siguiente:

Ejército del Mediodía.—Gazan, general en jefe: fuerza, 25,377 infantes, 6,242 caballos: en Madrid, Avila, Toro, Zamora y Salamanca.

Ejército del Centro.—General en jefe conde de Erlon (Drouet): fuerza, 11,223 hombres de infantería, 1,317 de caballería: en Segovia y Rioseco.

Ejército de Portugal.—General en jefe, conde de Reille: fuerza, 29,424 infantes, y 3,202 caballos: en Burgos, Palencia y márgenes del Esla.

Total general.—76,755 hombres.

comunicación. Napoleón salió nuevamente de París el 15 de abril para empezar la campaña de Alemania.

En mayo creyó también Wellington la oportunidad de abrir la suya, moviéndose otra vez hacia Castilla, de cuyo propósito tuvo José el 18 algunas noticias vagas. Aun así sorprendieronse los franceses al saber que los aliados habían pasado el Duero, colocándose a la derecha del río cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería. Aseguradas de este modo ambas orillas alzó Wellington sus reales (22 de mayo), llevando consigo dos divisiones inglesas y una portuguesa, y tomando otra vez rumbo a Salamanca. En Tamames se le incorporó la mayor parte de la división de don Carlos de España con la caballería de don Julian Sanchez, y en el Tormes por el lado de Alba se le juntó el cuerpo de Hill con la primera división española de don Pablo Morillo. Wellington sabía con exactitud las fuerzas que tenía el rey José, y los puntos que ocupaban. No sucedía así a José. El 24 supo el general Gazan que los aliados habían pasado el Agueda y se dirigían a Salamanca, y en lugar de llamar apresuradamente de Madrid al general Leval, como José le tenía prevenido, contentóse con ir a Valladolid a pedirle permiso para llamarle. Hallábanse pues todavía diseminadas las fuerzas francesas, cuando se presentaron los aliados delante de Salamanca (26 de mayo). El general Villatte que estaba allí con tres escuadrones quiso defender el paso del Tormes: resolución temeraria que le costó la pérdida de algunos centenares de hombres y muchas municiones y efectos, teniendo que retirarse por Babilafuente y no parando hasta Medina del Campo. Igual suerte corrió otro cuerpo francés arrojado de las orillas del Tormes por la gente de don Pablo Morillo.

Ignoraba José completamente el plan de Wellington. Suponía que las principales fuerzas de los aliados estaban en Salamanca, donde el general inglés había entrado. Sorprendióle luego saber que el grueso del ejército anglo-portugués avanzaba por la derecha del Duero hacia el Esla, y que el ejército español de Galicia se aproximaba también a Benavente. En efecto, el centro del cuarto ejército, que mandaba don Pedro Agustín Giron en ausencia de Castaños, concurría de orden de Wellington a su plan de campaña, dándose la mano con la izquierda de los aliados, así como la quinta división de Asturias, que mandaba don Juan Díaz Porlier (el Marquésito). Estas fuerzas vadearon el Esla, destruido el puente de Castrogonzalo por los franceses, y se hallaron reunidas al comenzar junio en Villalpando. Wellington, que no permaneció sino dos días en Salamanca, marchó con sus divisiones en dirección de Zamora abuyentando las tropas francesas que en esta ciudad había, cruzó el Duero por un puente que echó cerca de Carvajales (31 de mayo), y se situó en Toro, ejecutando sus movimientos con tales precauciones que solo los conocían los enemigos que iban huyendo de las poblaciones a que él se aproximaba. En Toro esperó a que el general Hill pasara también el Duero, como lo verificó; de modo que todos los cuerpos se daban ya la mano; y dejando guarniciones de la segunda división española en Ciudad-Rodrigo, Salamanca, Zamora, y Toro, el cuarto ejército español se estableció por orden del generalísimo en Cuenca de Campos, él con los aliados en el inmediato pueblo de Ampudia (6 de junio).

Desorientados andaban José y sus generales con movimientos para ellos tan desconocidos é inesperados. Resentíanse sus disposiciones de vacilación; sus medidas eran contradictorias y precipitadas, según que las aconsejaban las noticias del momento que les iban llegando. Al fin, arribaron los generales Leval y conde de Erlon, procedentes de Madrid, a las márgenes del Duero (2 de junio). Muy deseada era, como hemos visto, por el rey José la llegada de estos generales con sus tropas, y aunque algo tardía, no sin razón habían sido con instancia llamados. Cuando ellos salieron de Madrid, dejaron allí con poca gente al general Hugo, el cual trató ya a los habitantes con cierta consideración y miramiento, como aquel que de despedida procuraba dejar en los ánimos recuerdos menos desagradables de la dominación extranjera. Pero esto no impidió para que llamado él a su vez, y tocándole ser el último en evacuar definitivamente la capital del reino, desempeñara la triste y poco honrosa misión de llevar consigo ó

delante de sí los muchos y preciosos objetos científicos, artísticos é históricos de que había despojado la codicia del invasor los templos, los palacios, los museos y los archivos de Madrid, de Toledo, del Escorial, de Simancas, y de otros pueblos de la Nueva y de la Vieja Castilla, como antes lo habían hecho en las Andalucías.

En efecto, el 26 de mayo vieron los habitantes de Madrid partir un numeroso convoy de coches, galeras, carros y acémilas, en que iban, no solo los comprometidos con el rey intruso y sus familias y enseres, que estos los veían arrancar sin pena los buenos españoles, sino también las preciosidades que desde el tiempo de Murat habían sido sacadas de las iglesias, edificios y establecimientos que hemos dicho, para enriquecer con ellos sus palacios, si en España permanecían, los museos y palacios de Francia, si allá los empujaba otra vez su merced mala ventura. Allí iban los preciosos cuadros del Correggio, entre ellos el inapreciable de la *Escuela del Amor*, los no menos preciosos de Rubens, del Greco y de Tristán; los preciosísimos de Rafael y del Ticioano, contándose entre ellos los inimitables de la *Virgen del Pez*, de la *Perla*, y el *Pasmo de Sicilia*. Allí las riquezas de la Historia natural, de los depósitos de artillería y de ingenieros, del hidrográfico y otros de esta índole. Allí los documentos históricos, en que estaban consignadas las grandezas y los hechos gloriosos de nuestros antepasados, los cuales, unidos a la multitud de papeles y pergaminos importantes de que fué despojado el copiosísimo archivo de Simancas, se destinaban a decorar los salones y galerías del Louvre y otros edificios del vecino imperio (1). Que si bien producirían, como dice un escritor español, la ventaja de que fuesen conocidas en el extranjero riquezas artísticas de España completamente ignoradas en otros países, y si bien después de la restauración de España y de la caída de aquel imperio fueron muchas de ellas restituidas a nuestra patria por justa reclamación que de ellas hicieron nuestros gobiernos, ni todas fueron devueltas, ni hay nada que pueda justificar el pillaje que entonces se hizo de tan preciosos tesoros.

Habiéndose hecho Hugo preceder de este para nosotros funesto convoy, salió él mismo de Madrid con sus tropas al día siguiente (27 de mayo), quedando la capital definitivamente libre de franceses, ocupándola pronto las guerrillas, y volviendo a funcionar las legítimas autoridades. Quedó también entonces disponible nuestro tercer ejército, que vino bien para entretener a Suchet en Valencia, é impedir que acudiese a Castilla en auxilio de José. En cuanto a Hugo, tomó, como los que le habían precedido, el camino de Guadarrama, dirigiéndose a Segovia, y torciendo luego a incorporarse con los suyos cruzó el Duero de noche por Tudela. Tan pronto como Leval y Erlon llegaron a las márgenes de aquel río, distribuyó José sus tropas del modo siguiente: todo el ejército del Mediodía apoyando su izquierda en Tordesillas, su derecha en Torrelabaton; el general Reille con su caballería y la división Darnagnac, en Medina de Rioseco; la división Maucune en Palencia; el conde de Erlon en Valladolid con la división Cassagne; el cuartel general del rey en Cigales. Viendo José que no había podido evitar la concentración de los aliados del lado acá del Esla, y no teniendo por prudente aventurar allí una batalla, ordenó la retirada, saliendo aquel mismo día de Valladolid camino de Burgos el gran parque, los equipajes del rey, los oficiales civiles de palacio, los ministros, y las familias españolas comprometidas que seguían el cuartel general, a cuyo convoy fué menester destinar una escolta de 4,000 hombres. El 3 se retiró el ejército detrás del Pisuerga y del Carrion. José hubiera querido esperar hasta saber si el general Clausel con el ejército del Norte se dirigía a Burgos; mas no pudiendo subsistir allí sus tropas, siguió su movimiento retrógrado, saliendo de Palencia el 6, y llegando el 9 a los contornos de

(1) De los papeles que se sacaron de Simancas en los años 1811 y 1812 dejó el comisario francés M. Ghite notas firmadas al archivero don Manuel de Ayala y Rosales. En 1816 fueron devueltos muchos carros de legajos, algunos en malísimo estado, de otros entresacada correspondencia diplomática muy importante. Sobre esto podríamos decir mucho, que no nos parece de este lugar.

Burgos, en cuya ciudad estableció el cuartel general, enviando a Vitoria los inmensos convoyes, escoltados hasta allí por Hugo, desde allí por la división Lamartiniere. Wellington había ido en su seguimiento, pero sin apresurarse, y hasta el 12 no se avistaron ambos ejércitos en las cercanías de Burgos, donde hubo un ensayo de combate entre los cuerpos del inglés Hill y del francés Reille.

Tampoco se atrevió José a esperar allí. No había parecido ni parecía Clausel a quien esperaba con las divisiones del Norte. Ordenó pues proseguir la retirada. Había dispuesto el francés al abandonar a Burgos destruir el castillo minándole después de recogida y transportada parte de la artillería: pero había dentro 6,000 bombas; y el general de artillería d'Aboville, con objeto, decía, de que no se aprovechase de ellas el enemigo, hizo poner en cada una una pequeña cantidad de pólvora y colocarlas a corta distancia unas de otras, para que estallaran al tiempo de reventar la mina. Aunque esta diabólica operación no debía verificarse hasta que las tropas acabaran de evacuar la ciudad, sin embargo, en la mañana del 13 se hizo la horrible explosión cuando aun desfilaba una brigada de dragones. Espantoso fué el estremecimiento, grande el estrago, retemblaron y se resintieron las casas y edificios de la ciudad, y hasta su esbelta y famosa catedral; perecieron un centenar de soldados, muchos caballos y algunos habitantes: triste signo, dice un historiador francés, en una retirada sin esperanza de retorno.

Ansioso José de ganar el Ebro, estableció el 16 su cuartel general en Miranda, no sin que le hostigaran por la derecha los aliados, por la izquierda don Julian Sanchez y otros guerrilleros españoles. Su fuerza iba debilitada por algunos combates parciales y por las bajas que siempre se sufren en las largas retiradas. Ordenó a Reille que reuniese sus tropas y marchase sobre Valmaseda ó Bilbao para cubrir las comunicaciones con Francia; al general Gazan que se sostuviese con dos divisiones y alguna caballería, yendo sobre Espejo; ordenó a Foy, que se hallaba en Tolosa, se reuniese lo más pronto posible a Reille; y todas sus disposiciones se encaminaban a detener en aquella montuosa comarca la marcha de los aliados, dando tiempo a que se le reuniera Clausel; pero era ya tarde. Los aliados, siguiendo su marcha constante, aunque penosa por la aspereza del terreno, mucha parte de él impracticable para la artillería, por la escasez de víveres, que les hizo pasar hambre verdadera algunos días, amagando siempre la derecha del francés, y tomándole alguna vez la delantera, ganaron también el Ebro, cruzándole los españoles del cuarto ejército que regia Giron por Polientes, el inglés Graham por San Martín de Lines, Wellington y la mayor parte de los anglo-portugueses por Puente de Arenas. Los españoles por orden del generalísimo tiraron al día siguiente hacia Valmaseda; Longa, que andaba por aquellas partes, se agregó a ala izquierda de los nuestros en Medina de Pomar; los demás giraron sobre la derecha. Ya no podían pues los franceses defender el paso del Ebro. Turbóles la aparición de los aliados allende el río, y José dispuso que el grueso de su ejército, dejando solo unos 700 hombres en los fuertes de Pancorbo, avanzara a Vitoria.

Reille aconsejaba a José torcer a Navarra, que ciertamente habría sido para ellos el partido más prudente, pues se habrían ahorrado una calamidad; pero José no creyó oportuno aceptar la proposición, ya por el encargo especial que tenía de su hermano de mantener a toda costa la comunicación con Francia, ya por no abandonar el inmenso convoy que tenía en Vitoria y en que iban los españoles adictos suyos, ya por no exponer a Clausel, a quien siempre esperaba, a que encontrara en Vitoria los aliados en lugar de los franceses. El 19 y 20 (junio) alcanzaron ya los ingleses algunos cuerpos de la retaguardia francesa en varios puntos de la provincia de Álava, obligándolos a abandonar sus puestos y refugiarse al grueso del ejército. Y como al propio tiempo y por la izquierda hubiese llegado ya a Valmaseda en Vizcaya el centro del cuarto ejército español, concentraron también los franceses sus fuerzas de aquella parte, conservando los puntos de más importancia, tales como Bilbao y Santoña, trasladando a este último puerto la guarnición de Castrourdiales. Púsose don Gabriel de Mendizabal a bloquear a Santoña. Mas no inquietaban mucho a

José los movimientos de Bilbao. Y en efecto, Wellington había hecho venir de allí su izquierda por Orduña y Murguía, concentrando sus legiones hacia Vitoria. Todo anunciaba la proximidad de una gran batalla.

José la temía; conocía el peligro, porque comprendía bien á cuánto estaba expuesto si Wellington atacaba antes que llegase el general Clausel. Mas como el 19 hubiese recibido un pliego anunciándole la salida de aquel general de Pamplona á Logroño, y él le hubiese despachado emisarios para que torciendo el rumbo precipitase su marcha á Vitoria, donde le aguardaba la mañana del 21, y como esperase también de un momento á otro la llegada de la division Foy que igualmente había llamado; confiando por otra parte el 20 en que los aliados, dado que estuviesen resueltos á dar la batalla, por lo menos no la trabarían antes del 22, determinóse á no tomar otro partido que permanecer en Vitoria. Sin embargo, los refugiados españoles salieron por la ruta de Francia en dos grandes convoyes los días 20 y 21, escoltados por 4,000 hombres de la division de Maucune. Pronto vió José lo fallido de su cálculo. Aunque en verdad sí se equivocó fué porque Wellington, que también titubeaba sobre emprender ó no una batalla campal, tuvo la casual fortuna de saber que Clausel descansaba todo el día 20 y que no llegaría el 21, sin duda por no haber recibido los avisos apremiantes de José; y como calculaba también lo que influiría en el resultado de la lid el dar ó no espera á que el enemigo fuese reforzado, por eso apresuró el combate mas de lo que José pudo conjeturar.

No estaban en verdad equilibradas las fuerzas de los dos ejércitos contendientes; superiores eran las de los aliados, aunque no tanto como en historias francesas se pondera (1); pero si en número excedían las de Wellington, las posiciones habían sido escogidas por el francés. Mandaba José los suyos en persona, siendo siempre su mayor general el mariscal Jourdan. Sus tropas situadas á izquierda y derecha de Vitoria, de un lado hasta las alturas que terminan en la Puebla de Arganzon, dilatándose por el Zadorra, del otro hasta el pueblo de Abechuco camino de Francia, el centro en un cerro que domina el valle de Zadorra mas allá de este rio, cubriendo los caminos reales de Vitoria á Bayona, á Bilbao y á Madrid, formaban una curva de casi tres leguas. Los tres cuerpos que ocupaban estos tres puntos tenían sus reservas.

La mañana del 21 de junio, casi al amanecer, salió José de Vitoria á reconocer sus posiciones. El ejército llamado de Portugal estaba á la extrema derecha, camino real de Francia; el del Centro ocupaba la posicion de su nombre, á la derecha de la calzada de Vitoria y Miranda; el del Mediodía en las colinas de la Puebla de Arganzon. Aquí comenzó el ataque á las ocho de la mañana, tocando el honor de iniciar esta gran batalla al español don Pablo Morillo, cuya division era una de las tres que guiaba sir Rolando Hill: acometió aquel caudillo con impetu y arrojo, y aunque fué herido en la refriega, no abandonó el campo. Sostúvole Hill con las otras dos divisiones, inglesa y portuguesa, hasta arrojar al enemigo de las alturas. Cruzó entonces Hill el Zadorra por la Puebla, internóse por el desfiladero que forman las montañas y el rio, y se apoderó de Subijana de Alava. Acudió allí inmediatamente el rey José, y despues de un combate de una hora, replegóse hasta una batería de treinta bocas de fuego, que hizo mucho daño á la columna aliada, pero esta avanzaba con firmeza y sangre fria, de tal suerte que se vió el francés obligado á abandonar una posicion tras otra. El rey José estuvo en gran peligro, y vió caer á muchos en derredor suyo.

Apenas Hill se había apoderado de Subijana, cuando el centro de los aliados compuesto de cuatro divisiones se movió simultáneamente, y una por Nancrales, otra por Tres Puentes, otras por mas arriba del rio, todas lograron cruzar el Zadorra, pudiendo así acometer un cerro que los enemigos tenían grandemente artillado y que constituía su defensa. Fué esta

(1) En esta ocasion hallamos á Thiers mas imparcial que de costumbre cuando trata de las cosas de España; pues suponiendo Jourdan en sus Memorias, y con él otros escritores franceses, que el ejército de José no presentó en batalla sino poco mas de 40,000 hombres, él afirma que no bajaban de 54,000.

obstinada y firme; el combate porfiado y rudo: al fin con el refuerzo de dos brigadas de artillería que lograron aproximar los ingleses, hubieron de ceder los contrarios replegándose hacia la ciudad, y dejando diez y ocho cañones en poder de una de las divisiones británicas. Todavía en aquel retroceso, escalonándose los franceses y cejando á veces con impetu y buen orden, hicieron no poco estrago en algunas de las columnas inglesas que los seguían.

Por la derecha de los franceses y sobre el camino de Bilbao marchaba también y acometía el inglés Graham, sostenido por don Pedro Agustín Giron, que desde Valmaseda había acudido por Orduña y Murguía á tiempo de hacer este servicio. Apostábanse allí los contrarios en montañas de difícil acceso, y ocupaban los pueblos de Gamarra Mayor y Menor, y Abechuco. Portugueses y españoles, aquellos mandados por el general Pack, estos por don Francisco Longa, sostenidos por una division inglesa, atacaron por frente y flanco aquellas alturas; apoderóse Longa de Gamarra Menor; tomada fué la Mayor por una brigada de la primera division británica, cogiendo en el puente un obús y tres cañones. Sito este pueblo en la carretera de Francia, y quedando con su ocupacion cortadas las comunicaciones entre Vitoria y Bayona, hicieron los franceses repetidos esfuerzos para recuperarle, todos inútiles á pesar del brio con que una y otra vez atacaron. Quieto estuvo allí Graham, hasta que vió que izquierda y centro enemigos eran arrojados sobre Vitoria: entonces ocupó de lleno el camino de Vitoria á Francia, estorbando la retirada por aquella parte. No quedaba á los franceses sino la reserva de caballería que pudiera sostenerlos, pero esta apenas podia maniobrar á causa de la naturaleza del terreno.

Entre cinco y seis de la tarde, pronunciada por todas partes la victoria en favor de los aliados, todo fué ya confusion y desorden en el campo francés. Artillería, bagajes, todo fué abandonado: un cañón y un obús arrastraron por junto consigo los vencidos. José, retirándose por la derecha de Vitoria, y dando la vuelta sin entrar en la ciudad hasta tocar al camino de Francia, encontró este obstruido con sus propios carruajes, con los de los generales, con efectos, enseres y riquezas de toda especie; supo allí los progresos de los aliados por su derecha, y ordenó retroceder abandonándolo todo, y emprender la retirada por Salvatierra hacia Pamplona, yendo él á caballo, sin detenerse siquiera á tomar su coche, en el cual se cogió correspondencia, y se hallaron cosas, de lujo unas, curiosas y raras otras. Aprehendióse todo el convoy, en el que iban, además de las cajas militares llenas de dinero, de que también tocó alguna parte á los vecinos de la ciudad, objetos de gran valor, que se repartían los soldados entre sí, y los permutaban y cambiaban. «¿Qué de pedrería y alhajas, exclama aquí el conde historiador del levantamiento y guerra de España; qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del dia, qué de bebidas también y manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos, en fin, de vario linaje quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos muchos por el suelo, y alterados despues ó destruidos! Atónitos igualmente andaban y como espantados los españoles del bando de José que seguían al ejército enemigo, y sus mujeres y sus niños, y las familias de los invasores, poniendo unos y otros en el cielo sus quejidos y sus lamentos. Quién lloraba la hacienda perdida, quién el hijo extraviado, quién la mujer ó el marido amenazados por la soldadesca en el honor ó en la vida. Todo se mezcló allí y confundió, etc.»

Tales fueron los principales accidentes de la famosa batalla de Vitoria, sin ocuparnos del pormenor de los movimientos, que no son de nuestro propósito, y deducidos aquellos del cotejo de los muchos y variados relatos que de aquel célebre combate se escribieron y existen (2). La pérdida en hombres

(2) Hemos tenido presente para esta relacion, el parte del general Wellington, los de los generales franceses Gazan y Erlon, las relaciones de Foy y de Clausel, la del ingeniero inglés sir John Jones, las Memorias de José y las de Jourdan, un Diario de las operaciones desde el 1.º de enero al 28 de junio, la Gaceta de Madrid que había comenzado á publicarse otra vez por el gobierno de la Regencia desde el 3 de junio, las partes de Mendizabal y de Giron y otros muchos documentos.

por ambas partes, aunque no hay conformidad, como casi siempre acontece, entre los partes y relaciones de los generales y de los escritores contrarios, y no puede por consecuencia fijarse con exactitud, fué indudablemente mayor del lado de los franceses, y no es aventurado decir que entre muertos, heridos y prisioneros tuvieron de 7 á 8,000 bajas en sus filas, y que no llegaron á 5,000 las de los ejércitos aliados. Pero no fué la diferencia en la pérdida material de hombres en lo que se cifró lo señalado y lo importante del triunfo de los nuestros en el combate del 21 de junio, sino en haber quedado en poder de los vencedores 151 cañones, 415 cajas de municiones, multitud de objetos preciosos, y sobre todo en el quebranto de aquellas antes tan aguerridas y disciplinadas huestes, en la influencia moral que da el cambio y trueque de fortuna, en ver mudados en desalentados fugitivos los que tanto tiempo mostraron la altivez de dominadores, y vislumbrarse que no era posible á los franceses sostenerse ya mucho tiempo en territorio español, dado que no se entreviera que la mudanza llegaría hasta á ser dentro del suyo perseguidos con audacia los que en el nuestro entraron con arteria.

Ganó Wellington con el triunfo de Vitoria el baston de feld-mariscal de la Gran Bretaña. El parlamento de aquella nacion acordó un voto de gracias al ejército anglo-hispano-portugués; y las córtes españolas, á propuesta de don Agustín Argüelles, concedieron á Wellington la rica y pingüe posesion real sita en la vega de Granada y conocida con el nombre de Soto de Roma (1). Importante había sido el servicio; no fué menguado el galardón. También la ciudad de Vitoria mostró agradecimiento especial á haberse librado de las calamidades á que la expuso una batalla dada á sus puertas, regalando á uno de sus ilustres hijos, el general don Miguel de Alava, una espada de oro, en que estaban esculpidas las armas de su casa y las de la ciudad. Sigamos la relacion de los sucesos.

Fugitivo el rey José y acosado, viendo todavía caer á los pies de su caballo un hombre herido de bala, caminando por terreno agrio y peligroso, llegó á Salvatierra á las diez y media de la noche. En los dos días siguientes hasta el anochecer del 23 (junio) en que llegó á Pamplona, terribles aguaceros que pusieron casi del todo impracticables los caminos hicieron mas penosa su retirada, pero en cambio impidieron que las tropas del centro y derecha del ejército aliado que iban en pos, pudieran darle alcance; y solo á la entrada de Pamplona avistaron todavía su retaguardia. Vencido, pero no derrotado el ejército francés, desalentado y sin artillería, pero poco disminuido, pensaron José y Jourdan que aun podia resistir al empuje de los vencedores apoyado en la cordillera de los Pirineos, reponer allí la artillería, y de todos modos resguardar de una invasion el territorio francés. Y así dispusieron que, quedando una guarnicion de 4,000 hombres en Pamplona, se tomasen las entradas de Francia, y que el ejército del Mediodía pasase á San Juan de Pié de Puerto, el de Portugal á cubrir el Bidasoa, y el del Centro con el rey al valle del Bastan. El rey salió de Pamplona á la media noche del 25; el 26 durmió en Elizondo, de donde partió á las seis de la mañana: la jornada á Vera, dice el autor del diario de que tomamos estas noticias, el cual iba en su compañía, fué la mas fatigosa de toda la marcha. El 28 de junio estableció José su cuartel general en San Juan de Luz: el ejército de Portugal le tenía en Irún.

El jefe político de Burgos publicó á las once de la noche del 22 el bando siguiente: «Ayer se ha decidido la suerte de España: el ejército francés ha sido batido y puesto en completa dispersion en las inmediaciones de Vitoria. Se han tomado 70 piezas de artillería (se ignoraba entonces el número de los cañones cogidos), y todos los carros y equipajes. El rey salió á escape con solos dos gendarmes... Ha habido soldado que ha cogido 160,000 reales, y esta mañana creyendo que iban á tomar un carro de galleta se hallaron con doce mil duros en él.—Españoles: dirijamos al cielo nuestros votos... etc.»

(1) «Las córtes generales y extraordinarias (decía el decreto), á nombre de la nacion española, en testimonio de la mas sincera gratitud, decretan: Se adjudica al duque de Ciudad-Rodrigo para sí, sus herederos y sucesores, el sitio y posesion real conocido en la vega de Granada por el Soto de Roma, con inclusion del terreno llamado de las Chachinas, que se halla situado dentro del mismo término del Soto, para que le hayan y disfruten con arreglo á la Constitucion y á las leyes.—Lo tendrá así entendido la Regencia, etc.—Dado en Cádiz á 22 de julio de 1813.»

Pero en tanto que Wellington perseguía al ejército francés en su retirada á Pamplona, por el camino de Vitoria á Irún marchaban los españoles don Pedro Agustín Giron y don Francisco Longa en busca del gran convoy que había salido de aquella ciudad en la madrugada del 21. Pero el activo general Foy que se hallaba en Vergara, llamado, como dijimos, por el rey José, aunque no le fué posible llegar el dia del combate, noticioso el 22 del infortunio de la víspera en Vitoria, movióse colocándose entre Plasencia y Mondragon, ya para adquirir noticias mas exactas del suceso, ya para proteger el convoy, ya para que se le reuniera allí la guarnicion de Bilbao con la brigada italiana que se encontraba en Durango. Algo receló de esto Wellington, y por eso mandó al general inglés Graham que con toda la izquierda marchase en apoyo de los españoles: pero el retraso en el recibo de las órdenes hizo que el general británico no llegase á tiempo. Ello es que Foy encontró á los españoles cerca de Mondragon, y aunque el combate le costó 300 hombres, y salir él levemente herido, alcanzó el objeto que se proponía, y logró que se le reunieran en Vergara las tropas de Durango, con las cuales se replegó sobre Villareal, é invitó al general Maucune á que volviese sobre Villafranca, despues de haber hecho entrar el convoy en Tolosa. De modo que al llegar el 24 el inglés Graham á Villafranca, solo encontró ya la retaguardia enemiga. Valióle pues á Maucune, y al convoy que custodiaba, la prevision y la presteza de Foy, el cual continuó su marcha á Tolosa, cubriendo el camino de Francia y el que de allí conduce á Pamplona. Reunió de este modo Foy en Tolosa 16,000 bayonetas, 400 sables y 10 cañones. Aquella noche se juntaron también todas las fuerzas del inglés Graham y de los españoles Giron y Longa.

Lanzar á Foy de Tolosa fué el objeto que los nuestros se propusieron. En la mañana del 25 se vió desembocar las primeras columnas de Alegría, y atacar las posiciones que los franceses tenían en las alturas y en derredor de Tolosa. A esta operacion contribuyó también don Gabriel de Mendizabal, que desde Azpeitia se había adelantado. Con trabajo los desalojaron de ellas, pero al fin tuvo Foy que abrigarse en la ciudad, que se hallaba fortificada, barreada las puertas de Navarra y Castilla, junto con otras defensas, que eran sostenidas con valor. Todo sin embargo lo iban venciendo los aliados; y Foy, sin noticias ciertas del resto del ejército, y temiendo comprometerse mas de lo que le conviniera, desamparó de noche á Tolosa, y fué á tomar posicion delante de Hernani, de donde pasó á San Sebastian (27 de junio). Dejó en esta plaza una guarnicion de 2,600 hombres, y se puso en comunicacion con Reille, que, como dijimos, guardaba el Bidasoa con el ejército de Portugal.

El comportamiento del general Foy en los días que estuvo entregado á sí mismo mereció los mayores elogios del mariscal Jourdan en sus Memorias. Y en efecto, había mostrado mucha firmeza, mucha prevision, mucha pericia, y salvó el gran convoy y aquella parte de ejército, sin mas pérdida en todos los combates que 700 muertos ó heridos. Logrados estos objetos, y con noticia que tuvo de la retirada de José, metióse también él en Francia.

Don Pedro Agustín Giron, que continuó persiguiéndole hasta la frontera, decía en 1.º de julio desde Irún al generalísimo lo siguiente: «Excmo. señor. Los enemigos por esta parte están ya fuera del territorio español.—El brigadier don Federico Castañon atacó esta mañana con iguales fuerzas la retaguardia enemiga situada delante del puente del Bidasoa, y la desalojó de su fuerte posicion con tanta bizarría como inteligencia.» Explicaba despues cómo había hecho batir con artillería la cabeza del puente que 3,000 enemigos defendían con cuatro piezas, hasta que aquellos volaron las obras de defensa y pusieron fuego á los combustibles que sobre el puente tenían, quemándose este, y quedando de este modo á las seis de la tarde del 31 de junio cortadas las comunicaciones entre los dos países. Fué pues un español quien tuvo la fortuna y la gloria de arrojar los primeros franceses fuera del suelo de la Peninsula. Volvió luego Giron á Hernani, y el 2 de julio comunicaba que habiendo encomendado al coronel Longa la toma de los fuertes que el enemigo tenía en Pasajes, lo